EL PASTOR DE RENACUAJOS

I

Busco un camino para volver al mar; una vía, aunque fuere angosta, por donde hallar salida. No digo que me encuentre cansado ni que los años me pesen. He nacido viejo y lo seré mientras quiera el destino. También era viejo quien, hace más de medio siglo, me invocó con arte exquisito. Pero el secreto para sobrellevar la vejez sigue siendo mío; en vano él se fatigó para arrancármelo. No es cansancio lo que siento, sino tedio profundo, alimentado por los hombres de esta tierra. Nada puedo esperar de ellos; nada pueden ellos esperar de mí. Deseo irme, sueño con el mar, suspiro por una salida. Propongo, una tras otras, rutas de evasión con las que intento salvarme. Me creo perdido, aunque tal vez sea yo el único en este lugar que no habrá de perderse. Si tantos años de indiferencia no hubiesen mellado los filos de mi perspicacia, diría que me acongoja la inutilidad de mis riquezas y la esterilidad ridícula en que se ha disuelto mi numen renovador. Aspiré a ser símbolo total y ahora ni siquiera sirvo de modesto ejemplo. De poco vale que grite en las plazas y me exhiba en los mercados: nadie me oye ni me ve. Ninguno me apresaría para que yo hablase; a ninguno deslumbraría con la infinitud de mis transformaciones; no hay aquí hombres que quieran saber lo que yo sé.

Busco el mar con la serena desesperanza de la frustración. No han logrado estos hombres hacerse una ciudad habitable; la decadencia ha puesto su huella en todas las cosas. Hasta los ciegos verían que no hay más futuro que la ruina ni más proyecto que la incesante corrosión. Calles deshechas, barrios en donde la vida se ha estancado, edificios a medio terminar, ropas que no se cambian, ojos entristecidos, fábricas abandonadas, yerbazales en las aceras, jóvenes que emigran y viejos que se eternizan, y yo entre todo esto, entre gentes que deambulan sin preguntar, entre rostros embozados

y gestos rencorosos, ¿qué puedo buscar sino el panorama cambiante de las olas y el aire fresco y salobre donde vuelvan a su centro los caprichos de mi taumaturgia?

II

He perdido la cuenta del tiempo que llevo junto a este charco, habitado por un rebaño nervioso de renacuajos. No me he atrevido a moverme, y sin embargo busco todavía una salida, busco el mar y sus maravillosas criaturas indóciles. Desde este desamparo suburbano contemplo la ciudad que se levanta llena de humo y angustia entre el mar y yo. Ningún hombre me castigaría si se llegase a descubrir mi fuga; todos me dejarían ir con una frialdad burocrática y con un desdén hecho de estolidez y socarronería. Sería absurdo temerles; otra cosa temo, más poderosa y cruel. Temo mis propias acusaciones; temo el tumulto de las larvas siniestras que brotarán del pantano de mi corazón cuando atraviese la ciudad.

III

Podría atravesarla por sus barrios residenciales, en calma y arbolados; por su centro ya casi sin árboles y con la nostalgia de la calma; por sus zonas humildes, con aromas de asaduras y esquinas en penumbras; por sus calles estrechas o sus avenidas sombrías; podría hacerlo con enconada lentitud o con rapidez ofensiva: en todas partes habrá viejos que sin verme serán amargo reproche para mis ojos, y que sin oírme hablarán el idioma intolerable de mis culpas. Les encarecí la vida progresiva y no son ahora sino míseros restos del estancamiento; les prediqué el evangelio de la renovación y sólo han pactado con el demonio infecundo de la repetición y del hastío. En todos los barrios habrá gentes maduras: de ellas soportaré el oprobio de mis promesas, que no pueden cumplir; de mis esperanzas, que día a día traicionan; de mis sueños, que deshacen entre la rutina, la sórdida claudicación y el aceptado envilecimiento. En muchas casas habrá jóvenes: sus protestas serán el martillo demoledor de mi doctrina. No se engañarán con el fantasma de las vocaciones: bien saben que no podrán ser lo que quieren, pues sólo querrán aquello que las necesidades y las urgencias señalen. No se ilusionarán con la patraña del cultivo interior: bien saben que están condenados a ver el mundo desde los prejuicios familiares, que los agobiarán; desde las estrecheces económicas, que los humillarán sin remedio, o

desde las holguras burguesas, que los envenenarán con la fatuidad o el remordimiento. No se rendirán a la impúdica seducción del gran destino: bien saben que las flores se marchitan, que la mañana es breve, el presente un soplo, la ocasión fugaz, la dicha un instante, el amor un roce y la vida entera una trampa de la que hay que escapar a fuerza de cinismo, diversión y provecho.

Podría ir por la calle de los jornaleros. Todas las casas se parecen. Algunos días, hay niños que juegan con desgana. Casi siempre, un silencio espeso y un color gris uniforme, como de tarde nublada. A veces, barro en las calles, agua quieta como la de este charco donde hierven los renacuajos. Podría caminar sin sobresaltos: es el suburbio y lo conozco. Nadie me pediría cuentas: no existo para ellos. Están compelidos a vivir con sólo una parte de su humanidad, obligados a golpear la misma piedra, forzados a empuñar la misma herramienta. Desde muy jóvenes dependen de la paga diaria; se vuelven así hombres parciales, endurecidos por las faenas, acosados por la maquinaria de la producción y absorbidos por los tentáculos del lucro. El horizonte mental se les estrecha con cada jornada de fábrica o taller. El libro, ese instrumento renovador, cuenta poco —o no cuenta— en la trama incierta de sus destinos. El comer y el beber lo deben a sus brazos; pero el empleo de sus brazos lo deben a un mercado que manipulan quienes no emplean sus propios brazos para comer y beber. Quisiera yo olvidar sus sentimientos cuando descansan o cuando, junto a su mujer y sus hijos, viven una felicidad de ellos nacida y que sólo es para ellos. No tengo valor para entenderlos a fondo; tal vez algún día, muy lejano y brumoso, haya sido yo uno de ellos; tal vez en mi fervor por ver la vida desde todas las perspectivas y por sentir con todos los corazones, me haya identificado con el hombre que elabora el pan o levanta una pared ajena; con el que guía el vehículo de otro o con el que imprime un papel donde se informa sobre el último matrimonio de una estrella de cine. Pero aquella mi visión era instantánea, y aquella identificación mía, sólo una forma de mi cambiante naturaleza. No soy ni seré uno de ellos; podré compartir durante un momento sus desventuras; no podré, en cambio, compartir sus destinos. Enseñarles mi doctrina, que consiste en la búsqueda incesante de lo mejor de todas las doctrinas, sería traicionarlos; procurar servirles de modelo, escarnecerlos. No habré de caminar por esa calle; volver de esa forma al mar equivaldría a desoír la sorda queja de una mutilación todavía irredenta.

IV

Me quedo junto a este charco, remuevo apenas el agua barrosa, contemplo la ciudad y pienso en otras calles. Hay una, apenumbrada en mi memoria, sórdida y estrecha. Procuro olvidarla, ir por vías de sol y luz y casas bajas, escaparme del bullicio encajonado, no saber más qué ocurre tras las ventanas iguales, las puertas ennegrecidas, los revoques deteriorados; prefiero no oír las voces, los repiqueteos, el murmullo de agitación inútil, los relojes desacompasados, las maquinarias andando porque sí. Quiero con desesperación que los pasos de aquel hombre no me alcancen, que su charla no me llegue, que su mano no toque mi hombro. Me escabullo, me escondo, doy vueltas, pero él siempre va detrás. Corro y corre; me paro, se para. No me queda sino resignarme y admitir la derrota, y volver a sufrir, hasta la obsesión infinita, aquel reencuentro.

(Porque hace muchos años me hablaste de la grandeza de mi espíritu, y del inagotable tesoro que era mi juventud, y de las divinas energías de mi corazón; y me hablaste de la riqueza guarecida en mi alma, y de cómo debía confiar en ella para ser cada día más comprensivo y más noble, más sensible y más sabio; y me contaste muchas historias en las que hombres que nunca conocí vencían a la adversidad gracias a sus energías y hacían suyo el destino por obra de su voluntad formidable. Y yo, por ser joven, te creí ciegamente, y amé tus enseñanzas sobre todas las cosas y juzgué que mi vida sería de veras mía, que también yo tenía algo valioso en ese interior de mí mismo que tú encarecías y yo adoraba, y que los años convirtieron en un pozo ruin y sucio. Mentías, viejo taimado. No soy la plenitud humana, sino una rueda del engranaje. Nada he comprendido, salvo la mezquindad de los oficinistas, mis compañeros, y la estolidez de los jefes, mis verdugos. Mi nobleza consiste en la enajenación de una tarea que nada me exige; mi sabiduría, en completar un presupuesto para que podamos comer mi mujer, mis hijos y yo; mi grandeza, en esperarlo todo de la quiniela, de los fines de semana con fútbol y de algún ataque de locura que me impulse—liberado de responsabilidades—a quemar el papelerío atroz de la oficina con cuanta frustración encierra. No soy ya hombre, sino apenas funcionario; mis energías sólo han servido para soportar humillaciones; mi voluntad, para simular dedicación y esfuerzos. No es mía mi vida ni lo será nunca. Tampoco de otros, porque a ninguno sirvo realmente; es de nadie, de una celada monstruosa en la que, para sobrevivir, agonizo deshaciéndome. La variedad, la rectificación, la plasticidad del alma, la educación incesante, el crecimiento de las

facultades, la curiosidad y el interés vivísimo por los sabrosos frutos del arte, del pensamiento y de la acción, el renovarse progresivo con el que tan pérfidamente me engañaste de muchacho, son ahora la monotonía, la repetición de jornadas iguales, el desinterés y el asco de la petrificación definitiva.)

V

Van y vienen en el agua cenagosa, sacudiendo las colas, dando vueltas, brillando aquí y allá como fragmentos de antracitas pulidas. Puedo meter la mano en el agua y sacarlos sobre la palma temblando. Son, por el momento, criaturas acuáticas. Me hacen pensar en los peces; se sumergen, giran, saltan. Mañana tal vez ya no serán como peces: buscarán recorrer la tierra, tendrán patas y una piel nueva. Su destino daría paño para una epopeya, si no fuera porque habitan el suburbio; se les tendría por paradigma de la renovación si no se les supiese tan amigos de la noche, del lodo y de la soledad; podrían representar el mito profundo de la metamorfosis, siempre que se olvidase la fealdad de la etapa final. De todos los habitantes del agua, ninguno como él encarna más regular y armónicamente la dorada ley de las transformaciones sucesivas; ninguno alcanza con más serena satisfacción la plenitud del ser en que culmina el orden ascendente de la vida; ninguno como el renacuajo para conquistar, ante aquellos ojos que quieran admirarlo, la perfecta dignidad y la victoria absoluta del sapo.

Pero hay ojos que no están hechos para la admiración de lo que se renueva, sino para el hipnotismo de lo que permanece. Ojos que viven en cuerpos bien vestidos; que viajan en automóviles lujosos; que recorren, con distraída delectación, hermosas avenidas; que se entornan y sueñan en mansiones espléndidas; ojos que nunca me vieron ni habrán de verme jamás. Para ellos no rige otro cambio que el de la bolsa de valores, ni más enriquecimiento que el de sus arcas secretas. Sus horizontes son los de sus balnearios; sus plenitudes, las de sus latifundios; sus conquistas de la voluntad, los incrementos de sus tasas de interés. En sólo un punto han llevado a la práctica mi doctrina: no toleran límites. Suyos son los edificios y las empresas, las canteras y los ríos, los campos y los mares. Medio mundo les pertenece; el otro medio les pertenecerá, o habrá llegado, según ellos, el fin del mundo. Yo hablé de la potestad del tiempo como sumo innovador: ellos persisten —tercamente canallas— en su ecuación fraudulenta: el tiempo es oro. Sufrirían sobre sí mismos todas

las artes educativas y todas las técnicas del perfeccionamiento sólo para una cosa: seguir siendo quienes son. Pensar que mi prédica les haría mella, derivaría en quimera inexpiable. Para los de abajo soy cumbre lejana, espectro escarnecedor o embustero siniestro: siempre, alguien que amedrenta o provoca. Para ellos, apenas un adorno, una prenda de buen tono, un maniático entretenido: en cualquier tiempo, y donde quiera, un bufón.

VI

Podría ir por las calles de siempre, las del mercado y las del regateo; las de la charla cotidiana y las del sol invernal del jubilado; las de las esposas que encallaron en pesados matrimonios y vieron cómo se exterminaban una tras otra las esperanzas; las de los hombres maduros para quienes las jovencitas son ya dolorosamente inaccesibles; las de los indiferentes y las de los ebrios; las de las cortesanas y las de los rebeldes solitarios: nadie se cuidaría de mí, sería una sombra más en ese ajetreo de sombras trucidadas. Llegaría al mar incólume, volvería a mi ambiente, las olas se cerrarían sobre mí: nadie levantaría una voz de alarma. Nadie sabría que anduve entre ellos, que pensé en ellos, que prediqué para ellos.

VII

¿Para ellos? Me inclino sobre el agua del charco y veo mi rostro reflejado. ¿Para ellos, de veras? Mi rostro tiene una mueca de angustia y un tinte de reconvención y sarcasmo. ¿Cómo esperar que supiesen de mí, si he pregonado la necesidad de una profesión universal, que es la de hombre, y he propuesto como norma la de que cada individuo sea un cuadro abreviado de la especie? ¿Cómo esperar que me oyesen? Y si por azar me hubiesen oído, ¿podría pretender que me entendieran? Y en el caso de que algún prodigio hubiese vuelto inteligibles mis palabras, ¿qué derecho tenía yo para ilusionarlos, induciéndolos a una plenitud de la que están por ahora excluidos, y embriagando con el licor de la armonía, del equilibrio de las facultades y del cultivo de la sensibilidad y del carácter, a quienes son fragmentos de una humanidad cuya imagen magnífica y rica nació de ese reino fabuloso del mito, adonde no merezco volver?

VIII

Me quedo aquí, junto a este charco donde los renacuajos hierven. Son encarnación de lo múltiple: jamás llegaría a tener idea de su número. Son la infinitud de la identidad: no hay uno que se distinga de otro. Son la apoteosis de lo uno: en todos ellos está impresa la misma forma, pero en todos ellos late la egoísta alegría salvaje de la individuación. Representan mejor que yo la comedia de la variabilidad que no se descaracteriza. Han resuelto con clásica sencillez el terrorismo del tipo único. Han rechazado sin hipocresía los dorados paraísos y han pactado con el barro su sola realidad. Han hecho añicos al hombre que propuse; al que aspiraba sentir todos los sentimientos y penetrar los pensamientos todos; al que soñaba ver el mundo a través de todos los ojos, sufrir todas las formas de la belleza, conocer todas las compulsiones del trabajo, medir la intensidad de las pasiones y saborear los jugos de la decepción o de la certidumbre, del triunfo o del fracaso.

Me quedo aquí, junto a este charco. No vuelvo al mar. Mi hombre renovado no era tal: no hay renovación ni hombre hecho a semejanza mía. De la bruma que envuelve la ciudad me llega el hálito pesado del reproche: otro hombre necesitan, otro modelo, único y permanente, que no puedo darles ya. Volver al mar sería riesgoso: algún cándido podría ir hasta allá para buscarme de nuevo y engañarse, y engañarlos. Aquí nadie vendrá a buscarme. Los charcos no sirven como símbolos de un destino heroico; los renacuajos no tienen prestigio; el suburbio no es huerta de ilusiones. Y como ningún dios me ha quitado aún el privilegio de la profecía, bien sé que a pesar de la ciudad, del humo, de la rutina y de la desesperación, los hombres se darán su regla y hallarán la imagen que les sirva para vivir y olvidar sus miserias y para emanciparse de todo, incluso de mí.

Me quedo junto a este charco, entre mis renacuajos, mirándolos moverse insensatamente, temerosos, pululantes; agitándolos de tanto en tanto, pastoreándolos, sin pensar que tuve un reino, el mar anchuroso; que fui pastor de un rebaño, las ágiles focas de Anfitrite; que tuve un nombre: Proteo.

ALEJANDRO PATERNAIN

Beyrouth, 1274
MONTEVIDEO (Uruguay)